

Miguel de Valencia

Glosas de la cultura actual

La vida y el destino de Stephane Mallarmé y el desenvolvimiento de su gloria nos ofrece una de las combinaciones más exquisitas de la historia del espíritu. El caso de Mallarmé y la eclosión de su nombre representan un episodio rigurosamente singular en el drama de la vida intelectual.

Durante la vida del poeta, se cierne, sobre su obra, una hostilidad manifiesta. Sus escritos merecen una triple forma de execración: obscuridad, preciosismo y esterilidad.

Muere el escritor, y, pocos años después, un hecho insólito se produce. Escritos y comentarios, biografías, críticas y trabajos de toda clase sobre la poesía y las ideas de Mallarmé se multiplican, no sólo en francés, sino también en alemán, en inglés, en italiano, en ruso. La influencia del tenebroso autor es sensible, profunda, incontestable sobre los espíritus pertenecientes a las familias humanas más diversas. La gloria de Mallarmé es, para muchos, casi tan incomprendible como lo fue su manera de escribir. Sin embargo, hay razones que explican tan singular fenómeno estético. Así lo atestiguan recientes tesis doctorales discutidas en la Universidad París y vertidas a diversos idiomas.

Los jóvenes de la generación poética inmediatamente posterior al 1900 se dieron cuenta de que la concepción poética de Mallarmé y de su precursor Rimbaud no había llegado a agotarse en toda su

virtud. Se produce, pues, una reviviscencia del Simbolismo, sostenido y depurado por una verdadera mística y por una concepción casi religiosa de la Poesía, perfectamente adecuada para satisfacer la inquietud metafísica y moral de la época. No hay que olvidar que, precisamente en esa época, se hablaba de un fracaso simultáneo de la ciencia y de la filosofía. Unos seguían las doctrinas de Kant, que habían hecho cimbrear la metafísica. Otros reprochaban a la ciencia de no haber cumplido las promesas que ella había hecho. En esta situación, no existiendo una fe concreta que pudiera ser tomada como soporte, no es extraño que los espíritus selectos fijaran su atención en un ideal de belleza pura, tan perfectamente representada en la poesía de Mallarmé. Poesía ceñida a la más pura disciplina estética, despojada, hasta el punto de parecer obscura, de toda pretensión a reproducir el mundo sensible, y desprovista de toda preocupación metafísica.

Mallarmé llegó casi a eliminar el recurso del sentimiento del que el arte fácil obtiene sus más grandes efectos. Lo reemplazó por una especie de fe en la expresión estética, llegando a construir un tipo de sentimiento sin modelo, cuya causa se sitúa más allá de la experiencia de la vida.

Se ha dicho, con harta frecuencia, que Mallarmé era un loco, que sus poesías carecían de contenido. Fué necesario que el escritor Huysmans, en su curioso libro *A rebours* recogiese, copiadas por calígrafos, las dos composiciones máximas de Mallarmé: *Herodiade* y *L'apres-midi d'un faune*, para que el público se diese cuenta de la existencia de un gran poeta.

Si Mallarmé hubiese renunciado a sus búsquedas ilimitadas, dedicándose a conquistar el favor de los lectores, no cabe duda de que en pocos años se hubiera colocado en la primera fila de los poetas franceses. Pero su conducta fue muy distinta. Se confina en sí mismo, en un monólogo continuado con sus luces interiores. Del valor del lenguaje se forma una concepción personal, verdadero centro de sus ideas. No cesa de pensar en las posibilidades del lenguaje con

la conciencia de un poeta. Y en sus versos surgen las metáforas, una musicalidad impar.

La gloria póstuma de Mallarmé se vincula al hecho de haber sido uno de los ejemplos más puros de vida intelectual. Pocos casos análogos al suyo se han dado en el mundo de las letras. En las recientes tesis doctorales se rinde justicia al creador de formas poéticas tan sorprendentes.

* * *

En nuestros días, Ortega y Gasset ha hecho del individualismo a lo Ibsen una sólida apología. Bernard Shaw difuminó las mismas ideas entre oropeles de acerado humorismo.

En plena fuga psicoanalítica, de complejos y compensaciones adlerianas, de teatro de ideas, el mensaje del escritor nórdico renace con pujanza inesperada. Tal vez porque sus ideas están ancladas en los íntimos estratos de la humana personalidad.

Ibsen es un escritor al que es necesario leer despacio. Sus afirmaciones son reversibles, como una moneda cuyo anverso y reverso producen la misma alucinación gozosa. Por ejemplo, uno de sus dramas más intensos es el titulado *El pato salvaje*. Algunos críticos resumieron la lección valiente de la obra, diciendo: "No quitéis la mentira al hombre vulgar, porque le arrancaríais la felicidad, al mismo tiempo".

Pero he ahí que la tesis es bien distinta. Puede ser dicha de la manera siguiente: "Es mejor destruir la felicidad, que dejarla subsistir a base de una mentira".

El lógico suponer que la vida de los hombres se valora con signos distintos, de acuerdo con la postura psicológica que se adopte frente a las solicitaciones de la verdad y de la mentira, del pacto social y de la huida solitaria.

He ahí que esta aparente ambivalencia filosófica de una obra se acentúa mucho más en el último drama de Ibsen, titulado *Cuando despertemos de entre los muertos*. Los moralistas y sociólogos pue-

den discutir sobre su contenido, siendo posible que jamás lleguen a ponerse de acuerdo. Tal ha ocurrido en unas "Conversaciones filosóficas" habidas en Roma.

El tema es complicado, indeciso en apariencia. Un famoso escultor modeló una obra extraordinaria. Soñando en las palpitaciones estéticas del mármol, olvidó las angustias reales de la modelo. Contrajo matrimonio con una mujer vulgar, a la que promete llevar hasta la cima de una alta montaña para enseñarle todos los esplendores de la tierra. Pero la mujer no estaba hecha para las grandes ascensiones. Vendrá el encuentro casual con la hembra que entregara su alma para servir de inspiración. Entonces el escultor se da cuenta de haber equivocado el verdadero rumbo de su vida. Quizás porque su postura filosófica le dictaba: "Primero la obra, después la vida".

He ahí uno de los problemas que nos plantea Ibsen. ¿El hombre ha de buscar la vida y hacerla pasar delante de todas las cosas?

Los filósofos de la antigüedad adivinaron el angustioso dilema vital. Y dijeron en fórmula breve: "Primero vivir, después filosofar".

La historia del pensamiento nos revela que hubo épocas en que los términos se invirtieron. Algún idealista pretendió que los humanos necesitaban filosofar primero para orientar después su reacción frente a las circunstancias. Tal vez no sea posible saber en qué parcela radica la verdad, porque la integración del hombre a su destino es el gran problema, sin solución, de todas las filosofías.

Ramificaciones mentales de Ibsen palpitan en torno nuestro. Su pensamiento no es la especulación abstracta, ni el filosofar teórico. Al hundir su raíces en la vida de todos los días, nos entrega, en sus justas proporciones, la imagen de una conciencia humana que pugna por ocultarse entre sombras y pactos sociales.

En Santiago de Chile se ha representado *Hedda Gabler*, exponente de la hembra de carácter diabólico. Y muchas mujeres han sentido un escalofrío de sutil complacencia, cuando supieron que la heroína se suicida con un disparo en la sien, con sumo cuidado, para morir bellamente. ¿Acaso no es este un matiz del eterno femenino?

* * *

Desde antaño, los investigadores han seguido huellas más o menos problemáticas, para determinar cuáles han sido los primeros hombres que poblaron nuestro planeta. Las teorías se han sucedido, sin que se haya llegado a conclusiones definitivas e inobjectables.

En nuestros días, hombres de ciencia estudian de una manera concreta el proceso que da la vida a los hombres. Y nos hablan de genes y cromosomas, de un átomo vital que sería el origen y punto de partida de los individuos, de tallas diversas y de colores variados.

El científico francés Jean Rostand está realizando trabajos de sumo interés, orientados en experiencias de gran validez. Ahora bien, como una de las culminaciones del tema, ha emprendido el estudio de las circunstancias que producen "el tipo monstruoso", el ser humano que escapa a todas las previsiones generadoras.

Las leyendas griegas y romanas prodigaron las figuras de monstruos, haciéndolas núcleos de singulares aventuras. Seguramente los cíclopes y el minotauro son la culminación de enrevesados procesos históricos.

El arte de todos los tiempos ha presentado hombres y mujeres deformes, seres humanos tocados por la desgracia de un defectuoso funcionamiento de las glándulas endocrinas. Los enanos y jorobados que han inmortalizado algunos pintores y escultores, son ejemplares de excepción en los variados ámbitos de la fauna humana. Representan un desarrollo inarmónico de aquel átomo vital, en cuyas complejas entrañas radica el secreto de la vida.

Jean Rostand ha estudiado sus formas de desarrollo armónico y la posibilidad de sus desviaciones. Los monstruos humanos se producen cuando el átomo vital no encuentra las condiciones normales, tan sencillas en apariencia, pero tan matemáticas, al mismo tiempo.

Paralelamente al estudio de los monstruos se hacen otros, que pretenden explicar las variaciones, casi imperceptibles, que está experimentando el tipo hombre. Podría augurarse un cambio en la ínti-

ma y externa constitución del ser humano. Sin duda, entre los primeros hombres civilizados y los actuales ya existen notables diferencias. Tal vez el hombre alcance, en el fluir de los milenios, una forma y un contenido psíquico que lo haga distinto al de ahora. He ahí, pues, que la filosofía de la existencia podrá adquirir originales orientaciones en un mundo venidero.

El tema de los monstruos humanos plantea serios problemas. La ciencia médica, con espíritu alerta, anota hechos de gran validez.

* * *

En nuestros días el humor, no obstante sus peculiares signos raciales, ha estilizado sus espirales, ha tenido que afinar la trayectoria de sus dardos. El proceso del arte humorístico es complejo, se ha convertido en menester de severas exigencias. Sus construcciones ideales tienden a fijar la vida en un gesto resonante, en un aspecto temporáneo de vibraciones jamás adormecidas. El humorista inteligente descompone el carácter de los seres en sus elementos, desnuda a los héroes, se aboca admirado sobre los abismos del alma, busca los detalles íntimos y minúsculos, hace brotar chispazos de situaciones contrarias.

Los psicólogos, haciendo alarde de una metáfora de significaciones antropomorfas, afirman que al hombre no le es dado el saltar más allá de su propia sombra. Los humoristas clásicos ya se anticiparon a esta adquisición. Y se complacieron jugando con las sombras de los mortales, tuvieron la intuición de los personajes con alma de esperpento.

El examen de los aspectos del humorismo obliga a transitar por las zonas de la filosofía y de la historia, del vivir humilde y del humanismo esencial. Como resultado se nos da la imagen virtual de algunos pueblos, de algunas capas sociales que son humoristas por el mandato e imperio de las circunstancias.

Con frecuencia se ha hecho alusión al humorismo criollo de la América hispana. Con mucha razón se descubren en su textura

factores andaluces, un gracejo expresivo que tiene resabios de ironía y de mordacidad. Sin embargo, el humor criollo vive y perdura más allá de estos predios, sumamente limitados y parciales.

Por lo general, el humorista sudamericano usa y abusa de las palabras metafóricas, de expresiones tomadas de la naturaleza y del vivir ciudadano y campesino. Una ligera inflexión de la voz es suficiente para que se afirmen los nexos entre la metáfora y la realidad. Además, la palabra va unida al gesto. El hombre de pueblo y el habitante de las grandes ciudades americanas aprendieron a decir las cosas más graves con entonación de indiferencia, con los ojos casi cerrados. Y esta actitud es la traducción externa del íntimo humorismo, es la sombra chinesca que hace despertar a las sensibilidades más obtusas.

Algunas obras de la literatura chilena están esperando al psicólogo que penetre en los entresijos humoristas de los grandes señores del campo, de los huasos sentenciosos, del roto ciudadano y campesino, tipo de hombre, este último, entero de plenitud, no obstante la desarticulada paradoja de su nombre.

La publicación de obras chilenas humorísticas hace pensar en nuevas posibilidades literarias. Quizás sea una forma de prolongar e incluso desbordar el criollismo, excesivamente reducido a determinadas posiciones locales.

* * *

Los libros inspirados por el mar son fascinantes. El nombre de Joseph Conrad exhibe la doble vertiente de una vocación literaria y marinera. Nadie como él supo entender la inefable poesía de los mares y de los puertos, de sus hombres y de sus pasiones primarias. Las aguas embravecidas de muchos parajes quisieron entregarle su misterio. Si antaño el Mediterráneo se hizo tema literario en los cantos de Homero, en nuestros días, todo el mar, amasijo de veleidades, ha cantado en la soberbia caracola sensible de Conrad.

Un escritor francés, Eduard Le Danois, miembro de la Academia de Marina, investigador de alcurnia, ha publicado un libro sobre *La vida extraña de las costas marinas*. En estas páginas se ha recogido todo un universo de misterio y maravilla. La vida vegetal y animal entrega su mensaje marino. Una exuberancia de matices, de procesos vitales, de lucha por la existencia y la canción de los mares debilitándose en las costas.

Sin duda, desde las aguas de un mar apacible fue llevado hasta el muro de las catacumbas la imagen de un pez simbólico, que resumía los dulces anhelos de aquellos primeros cristianos, diseminados por las costas de un mundo estremecido.

El hombre de ciencia, cuando lee los relatos marineros, cuando escucha las interpretaciones poéticas del mar, sabe que más allá de esas posibilidades existen otras de significación más concreta. En la antigüedad era posible el sueño fantástico. Tal vez, alguna divinidad marina se atreviese a mostrar su testa coronada de algas y brillante de sonoras caracolas. Hoy día, por el contrario, el hombre sabe que tales prodigios han huido para siempre del marco de su vivir. Ya no espera que el mar le diga su canción. Y él mismo se aventura hasta los lechos en donde dormita el dato que la ciencia exige en cada momento.

El profesor chileno Pedro León Loyola, en su obra *Una oposición fundamental en el pensamiento moderno*, glosa una hipótesis del sabio Dauvillier. Y explica que la materia viva debió de aparecer al borde de lagunas salobres, muy poco profundas, en cuyas orillas existieron cristales en abundancia. Las radiaciones ultravioletas provenientes del Sol, atravesando los cristales, hicieron realidad la síntesis de las moléculas que son características de la materia viva.

He ahí algunas incitaciones del mar. La oceanografía es una ciencia de múltiples proyecciones. Con razón se ha dicho que los varones y las hembras, frente a las inmensidades acuosas, pueden escuchar el tumbo de sus propias emociones. Porque el mar, con sus dioses y humildes pobladores, les dice, tan sólo, aquello que esperan escuchar.

En la vida del hombre nada adviene sin razón suficiente. La conquista de la rapidez, del movimiento como exhalación dinámica, ha reducido las proporciones de nuestro mundo. Y se horadan las tierras en busca de la prehistoria, se llega hasta el lecho de los mares con gruesas mallas, con finos reteles costeros para cazar los mágicos misterios de las desvanecidas Atlántidas.

En estos momentos en que todas las pulsaciones del mar son llevadas hasta los dominios de la Literatura y de la Ciencia, resulta oportuno recordar, una vez más, aquella fábula sobre "el rapto de Europa", tema glosado por los pintores, elevado a categoría estética en la voz de los rapsodas.

Europa era la hija de Agenor, rey de Sidón. Júpiter estaba enamorado de tan sin par beldad, pero sus requerimientos se trezaban en el vacío. Hasta que hubo de valerse de una estratagema, sólo posible en los ámbitos de la divinidad. Aprovechó que la hermosa doncella estaba en las orillas del mar. El divino enamorado se le apareció en forma de toro. Su cuerpo era de una blancura extremada, sus cuernos curvados graciosamente, el mirar hondo y tierno. Así iba retozando por las riberas. Europa, encantada, se arriesgó a cabalgar en su lomo. Apenas Júpiter sintió el blando peso, emprendió la carrera hacia el mar. Y hubo un cortejo de Tritones y Nereidas, de Amorcillos y Delfines, mientras que Venus los miraba gozosa. Más tarde fueron las nupcias en uno de los soberbios palacios de la isla de Creta. La comitiva se dispersó por el mar, removiéndolo y alborotando las olas.

Los estudios oceanográficos están vinculados a las leyendas. ¡Cuántas ilusiones florecen en los fondos marinos! Los hombres de ciencia y los poetas quisieran establecer en tan movedizos lechos sus laboratorios y sus delicados alcázares.

El hombre ha vinculado muchas de sus experiencias en lugares situados más allá de nuestra comba celeste habitual. Después de las ascensiones de Piccard, la estratósfera ha sido parcelada en términos científicos. Por otra parte, como fenómenos de compensación, el investigador ha dirigido su visión hacia los fondos marinos, en donde

se produce un cosmos original, quizás no previsto, con sus cordilleras y cielos de espuma, con sus paisajes y colores propios de un espectro lumbroso, impensado.

Recientes estudios de oceanografía nos dicen que la configuración del planeta sufre cambios, incesantes metamorfosis geológicas que imprimen nuevos rumbos a las tres dimensiones de las masas líquidas de los mares. Y no sería atrevido suponer que estos fenómenos son el punto inicial de transformaciones en nuestras posibles formas de vida.

Qué bellas las palabras del poeta Supervielle, en su intento de resumir la esencia y poderío del mar: "El mar se ha convertido en espumas para no vivir la tragedia de su muerte".